

# LA TRANSFORMACIÓN DEL CRISTIANO

Orville Swindoll

La transformación de vidas es una de las tareas más gratas de la iglesia. Observar el cambio de la disolución al orden, de la perdición a la salvación, del vicio a la libertad, de la amargura y el resentimiento a la felicidad nos llena de alegría y esperanza. Esta es la tarea que motiva a todo obrero cristiano, como también a todo discípulo que da testimonio a otros de su fe y su salvación por medio de Jesucristo.

Siempre recuerdo los cambios contundentes que se han producido tanto en jóvenes y adultos como en niños y en abuelos, a lo largo de nuestros años de predicar el evangelio en varios países de América latina.

Pienso en un joven paraguayo que encontró en su relación con Cristo una razón de vivir y proyectarse con fe y esperanza.

Recuerdo un hombre argentino, hijo de un padre suicida, que llevaba una vida de maldad y amargura hasta que encontró en Cristo la salvación que le llenó de alegría y puso orden en su vida. De paso, el evangelio le salvó el matrimonio y la familia.

El apóstol Pablo alude al cambio profundo que experimenta toda persona que se entrega a Cristo Jesús al afirmar en 2 Corintios 5:17:

*Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!*

Esta es una de las promesas más maravillosas que viene de la relación con Cristo: podemos experimentar así «borrón y cuenta nueva». Si antes eras una persona de «boca sucia», Cristo introduce en la vida una fuente de bondad y gratitud, para que de tu boca fluyan palabras sanas y agradables. Si antes estuviste lleno de amargura y resentimiento, Cristo te da sobrado motivo para vivir con un propósito claro y una perspectiva feliz, a pesar de las circunstancias en derredor.

Pero este cambio no ocurre todo al instante. La vida nueva en Cristo comienza a obrar dentro del ser, apuntando siempre a reproducir el carácter de Cristo en cada creyente. Sigue obrando en nosotros hasta que lleguemos a ser como Cristo Jesús. Este es el propósito de Dios al salvarnos del pecado y de una vida egoísta.

Se trata, entonces, de una transformación que ocurre en nosotros paulatinamente, a lo largo de toda la vida. Pablo se refiere a esta transformación en dos otros pasajes, en los cuales usa una palabra muy interesante. Prestemos atención a estos textos ahora:

Primero, **Romanos 12:1-2**:

*<sup>1</sup>Por lo tanto, hermanos, tomando en cuenta la misericordia de Dios, les ruego*

*que cada uno de ustedes, en adoración espiritual, ofrezca su cuerpo como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. <sup>2</sup>No se amolden al mundo actual, sino sean **transformados** mediante la renovación de su mente. Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta.*

Luego, **2 Corintios 3:17–18**:

*<sup>17</sup>Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. <sup>18</sup>Así, todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, somos **transformados** a su semejanza con más y más gloria por la acción del Señor, que es el Espíritu.*

En ambos pasajes la palabra «transformados» viene de la misma palabra griega *metamorphoo*, de la que se deriva nuestra palabra metamorfosis, que significa «transformación de una cosa en otra».

Ilustremos esto en la metamorfosis de una mariposa. De oruga se cambia en capullo y luego sale la hermosa mariposa. Es un proceso con tres etapas bien diferenciadas. Obviamente, el desarrollo de la vida de Cristo en nosotros no tiene un paralelo exacto. Más bien, lo que quiero subrayar aquí es la transformación radical y profunda. Cuando se termina el proceso uno es muy diferente de lo que era al comenzar. Esto requiere tiempo.

Pero más que tiempo, Pablo señala otro elemento más importante que es: «la renovación de la mente». La palabra traducida mente aquí aparece también en la palabra original que se traduce «arrepentimiento» (*metanoia*), que es un cambio de mente, cambio de parecer o cambio de actitud. No se trata, entonces, de la modificación de la conducta exterior solamente, sino de un nuevo parecer, una nueva perspectiva, una nueva manera de vivir y de contemplar las cosas. Esto se logra por la combinación del arrepentimiento con la renovación de la mente.

En el texto de 2 Corintios 3:18, Pablo dice que esta transformación ocurre mientras contemplamos a Cristo Jesús «*con el rostro descubierto*» o sea, con sinceridad, franqueza, integridad. Esto señala que NO se produce sencillamente como resultado de nuestro esfuerzo o dedicación. Es una operación soberana del Espíritu de Dios. Solo Dios puede producir en nosotros la transformación del carácter, del parecer, de la manera de vivir.

Recordemos, entonces, estos tres elementos necesarios para nuestra transformación:

**1) el tiempo:** Después de entregarnos a Cristo precisamos paciencia y diligencia, pues el cambio que Dios quiere lograr en nuestra vida llevará mucho tiempo. Claro está que observamos frecuentes indicios de que el proceso se está realizando.

**2) la renovación de la mente:** Prestemos especial atención al estudio y la comprensión de la palabra de Dios, pues es la herramienta más importante que Dios usa para cambiar nuestra perspectiva, nuestros valores y nuestro entendimiento del

maravilloso propósito de Dios en la vida.

**3) la obra del Espíritu Santo:** Nadie puede cambiarse solo; todos necesitamos ayuda. Y el Espíritu Santo es el maravilloso acompañante que Dios nos ha dado en la vida para eso. Contemos con su presencia y su guía. Prestemos atención a las restricciones y advertencias con las cuales nos alerta a situaciones difíciles o peligrosas en la vida. Dejemos que él nos guíe y nos transforme de día en día hasta que lleguemos a ser parecidos a Cristo nuestro Señor.

De esa manera Dios nos va transformando «*con más y más gloria*».

*Transformación del cristiano.doc*